

5. Noam Chomsky*

¿Quién es el dueño del mundo?

En *¿Quién es el dueño del mundo?*, el artículo de TomDispatch más popular de todos los tiempos (es decir, de los últimos diez años), Noam Chomsky escribió sobre un principio imperial clave: “Los Estados Unidos no toleran ningún ejercicio de soberanía que interfiera con sus designios globales”. De ahí se desprende la presencia impactante de los Estados Unidos en el Golfo Pérsico, aunque poco se informa sobre ella.

Últimamente, la mayor parte de la propaganda insistente gira en torno del “pivote” que va a efectuar la administración de Obama en Asia (para “contener” a China), incluido el anuncio de que tarde o temprano el 60% de las fuerzas navales estadounidenses se desplegará en aguas asiáticas. Pero casi todo eso sigue siendo una promesa para el futuro. El verdadero “pivote” del momento, si después de todos estos años se lo puede llamar así, sigue siendo Irán. Ese país está completamente rodeado por bases militares estadounidenses, que reciben constantemente refuerzos, entre ellos una estación de radar para defensa antimisiles en Qatar, como parte de un sistema regional antimisiles que se está desarrollando los

Estados Unidos. Además, constantemente se aumenta el poderío de las Fuerzas comando estadounidenses; las fuerzas militares de los aliados regionales de los Estados Unidos, gracias al nuevo sistema de armas de todo tipo que Washington ofrece regularmente; las fuerzas navales de los Estados Unidos en el Golfo Pérsico, que ya son muchas y siguen creciendo, incluyendo no uno, sino dos grupos de portaviones de combate, dragaminas, una nueva “base flotante” para posibles operaciones especiales y pequeñas naves sumergibles no tripuladas que son llevadas con apuro a la región. Y no olvidemos el aumento del poder de la fuerza aérea estadounidense, incluyendo el arribo del avión militar más avanzado de los Estados Unidos, el F-22, a una base en los Emiratos Árabes Unidos.

Si agregamos a todo eso una serie de actos de guerra, como las restricciones petroleras, cada vez más estrictas, impuestas a Irán; la liberación de gusanos cibernéticos para que infecten el sistema de computadoras conectado al programa nuclear, y una evidente campaña de Israel para asesinar a científicos nucleares iraníes, tenemos un gran “pivote” en lo que es, no nos olvidemos, el corazón petrolero del planeta. Mucho de eso se informa mal y poco en los medios. Sin embargo, cualquiera que sepa cómo comenzó la Primera Guerra Mundial sabe que la concentración y movilización de fuerzas militares y un débil régimen iraní, que hace su mejor esfuerzo para responder regionalmente con sus propias fuerzas militares, pueden llevar a una guerra, quieran o no cualquiera de las dos partes. Recientemente, una embarcación de los Estados Unidos disparó

* Original “Best of TomDispatch: Noam Chomsky, Who Owns the World?” August 12, 2012. http://www.tomdispatch.com/blog/175581/best_of_tom_dispatch%3A_noam_chomsky%2C_who_owns_the_world_- Corrección: Juan Pablo Waserman.

a un barco indio, y mató a un pescador cerca de Irán, lo cual nos recuerda hasta dónde pueden conducir esas situaciones de gatillo fácil intrínseco.

Si a todo eso, le agregamos que la ex autoproclamada “única superpotencia” del mundo está en notoria decadencia y cada vez más desesperada por mantener sus pretensiones de dominio global, tendremos una fórmula para el desastre futuro. ¿No es triste a su manera que el artículo de Chomsky, publicado por primera vez en este sitio en abril de 2011 (como el artículo de Chalmers Johnson de 2004 que se publicó nuevamente el domingo pasado), no esté obsoleto? No está ni ligeramente preparado para el cajón del olvido de la historia, y de hecho, todavía es visionario. En ese sentido, que los Estados Unidos sean una nación chomskiana que sigue el camino que trazó Chomsky para ella y, sin dudas, se encamina a algo realmente tenebroso.

¿Es el mundo demasiado grande para caer?

El contorno del nuevo orden mundial

Noam Chomsky

El levantamiento en favor de la democracia en el mundo árabe es una muestra espectacular de coraje, dedicación y compromiso por parte de las fuerzas populares que coincidió, fortuitamente, con un levantamiento sorprendente de decenas de miles de personas en apoyo a los trabajadores y a la democracia en Madison, Wisconsin, y otras ciudades de los Estados Unidos. Sin embargo, si los cursos de las

protestas en El Cairo y en Madison se cruzaron, iban en direcciones opuestas: mientras que las de El Cairo buscaban los derechos fundamentales que les fueron negados por la dictadura, las de Madison procuraban defender los derechos que ganaron tras luchas largas y difíciles y que ahora sufren serios ataques.

Cada levantamiento es un microcosmo de tendencias que sigue caminos diversos en la sociedad global. No hay dudas de que habrá consecuencias trascendentales de lo que ocurre tanto en centro industrial decadente del país más rico y poderoso de la historia humana, como en lo que el presidente Dwight Eisenhower llamó “el área estratégicamente más importante del mundo”, “una fuente estupenda de poder estratégico” y “posiblemente la presa económica más valiosa del mundo en el campo de las inversiones extranjeras”, en palabras del Departamento de Estado en la década de 1940, un premio que los Estados Unidos querían retener para sí mismo y para sus aliados en el nuevo orden mundial que se revelaba en esos días.

A pesar de todos los cambios ocurridos desde ese momento, hay muchas razones para suponer que en un sentido general los diseñadores actuales de políticas adhieren a la opinión de A. A. Berle, influyente asesor del Presidente Franklin Delano Roosevelt; que controlar las incomparables reservas energéticas del Medio Oriente significaría “controlar al mundo”. Y viceversa, la pérdida de ese control amenazaría el proyecto de dominación global que se articuló con claridad durante la Segunda Guerra Mundial y se sostuvo desde

entonces frente a los grandes cambios ocurridos en el orden mundial.

Desde el inicio de la guerra en 1939, Washington anticipó que esa guerra finalizaría con los Estados Unidos en una posición de poder abrumador. Durante los años de la guerra, se reunieron funcionarios de alto rango del Departamento de Estado y especialistas en políticas extranjeras con el fin de diseñar planes para el mundo de la posguerra. Trazaron una “Gran Área” que dominarían los Estados Unidos, área que incluía al hemisferio occidental, el Lejano Oriente y el antiguo Imperio Británico con sus recursos energéticos de Medio Oriente. Cuando después de la batalla de Stalingrado, Rusia comenzó a deshacer al ejército nazi, los objetivos de la Gran Área se extendieron a la mayor parte posible del territorio de Eurasia, hasta el centro económico de Europa Occidental. Dentro de la Gran Área, los Estados Unidos tendrían “poder incuestionable” y “supremacía económica y militar” y al mismo tiempo asegurarían la “limitación de cualquier ejercicio de soberanía” por parte de los estados que pudieran interferir con ese diseño global. Esos cuidadosos planes de los tiempos de guerra se implementaron muy rápidamente.

Siempre se reconoció que Europa podría elegir un camino independiente. En parte, la OTAN tenía el propósito de contrarrestar esa amenaza. Apenas desapareció su pretexto oficial en 1989, la OTAN se expandió al Este violando los compromisos orales con el líder soviético Mikhail Gorbachov. Desde entonces se convirtió en una fuerza interventora de largo alcance, manejada por los Estados Unidos y dirigida

por el secretario general Jaap de Hoop Scheffer, que informó en una conferencia de la organización que “las tropas de la OTAN tienen que proteger los conductos que transportan el gas y el petróleo hacia Occidente”, y más generalmente deben custodiar las rutas marítimas utilizadas por buques cisterna y cualquier otra “infraestructura crucial” del sistema energético.

Las doctrinas de la Gran Área con claridad autorizan la intervención militar a voluntad. La administración de Clinton, artículo claramente declaró que los Estados Unidos tienen derecho a usar fuerzas militares para asegurar “el acceso libre a mercados clave, suministros de energía y recursos estratégicos” y tienen que mantener inmensas fuerzas militares en “posiciones avanzadas” en Europa y Asia “para dar forma a la opinión sobre nosotros” y “a los hechos que van a afectar nuestra subsistencia y seguridad”.

Los mismos principios rigieron la invasión a Irak. A medida que se volvía innegable el fracaso de los Estados Unidos para imponer su voluntad en Irak, ya no pudieron ocultarse los verdaderos objetivos de la invasión detrás de una linda retórica. En noviembre de 2007, la Casa Blanca emitió una Declaración de Principios diciendo que las fuerzas de los Estados Unidos iban a permanecer indefinidamente en Irak y comprometiendo a Irak a privilegiar a los inversionistas estadounidenses. Dos meses después, el presidente Bush informó al Congreso que rechazaría cualquier legislación que pudiera limitar la estada permanente de las fuerzas armadas estadounidenses o el “control de los

Estados Unidos sobre los recursos petrolíferos de Irak”, demandas que EE.UU. tuvo que abandonar poco tiempo después frente a la resistencia iraquí.

En Túnez y Egipto, los recientes levantamientos populares consiguieron victorias impresionantes pero, como informó la Fundación Carnegie, aunque cambiaron los nombres, los regímenes subsisten: “El objetivo de lograr un cambio en las elites gobernantes y en el sistema de gobierno todavía está muy lejos”. En el informe se discuten barreras internas para la democracia, pero se ignoran las externas, que, como siempre, son significativas.

Los Estados Unidos y sus aliados del Occidente están dispuestos a hacer todo lo que puedan para impedir una democracia auténtica en el mundo árabe. Para entender la razón, basta con mirar los sondeos de opinión realizados por agencias encuestadoras de los Estados Unidos en los países árabes. Aunque existe poca información al respecto, no hay duda de que los planificadores conocen los resultados. Los sondeos revelan que una mayoría abrumadora de árabes considera que Israel y los Estados Unidos son la mayor amenaza que enfrentan: el 90% de los egipcios, y en líneas generales el 75% de los encuestados en la región, consideran una amenaza a los Estados Unidos. En Arabia, el 10% considera que Irán es una amenaza. La oposición a la política estadounidense es tan fuerte que una mayoría cree que la seguridad mejoraría si Irán tuviera armas nucleares; en Egipto, el 80%. Otras cifras son similares. Si la opinión pública influyera en la política, los Estados Unidos no solo no controlarían la región, sino que los

expulsarían de ella junto con sus aliados, cosa que socavaría principios fundamentales de dominación global.

La mano invisible del poder

El apoyo a la democracia es terreno de ideólogos y propagandistas. En el mundo real, la norma es que las elites sientan aversión frente a la democracia. La democracia recibe apoyo en tanto contribuye a objetivos sociales y económicos; la evidencia al respecto es abrumadora

El desdén de la elite por la democracia quedó radicalmente de manifiesto a través de las reacciones frente a las revelaciones de *WikiLeaks*¹. Las publicaciones que recibieron más atención, con comentarios eufóricos, fueron las que informaban sobre el apoyo de los árabes a la posición de los Estados Unidos frente a Irán. Las referencias tenían que ver con dictadores en el poder. No se mencionaban las posturas del pueblo. Marwan Muasher, ex alto funcionario del gobierno jordano y especialista en Medio Oriente de la Fundación Carnegie, articuló claramente el principio rector: “No hay ningún problema, todo está bajo control”. En pocas palabras, si los dictadores nos apoyan, ¿importa otra cosa?

La doctrina Muasher es racional y venerable. Para mencionar un solo caso

¹ Organización mediática internacional sin fines de lucro que publicaba a través de su sitio web informes anónimos y documentos filtrados con contenido confidencial en materia de interés público, preservando el anonimato de sus fuentes.

muy relevante en la actualidad, en un debate interno en 1958, el presidente Eisenhower manifestó su preocupación por “la campaña de odio” contra los Estados Unidos que libraban en el mundo árabe, no los gobiernos, sino el pueblo. El Consejo Nacional de Seguridad (NSC, por sus siglas en inglés) explicó que el mundo árabe ve a los Estados Unidos como un agente que apoya las dictaduras y bloquea la democracia y el desarrollo para asegurarse el control de los recursos de la región. Es más: esa visión es básicamente correcta, concluyó el NSC, y eso es lo que tenemos que hacer, confiar en la doctrina Muasher. Existen estudios realizados por el Pentágono después del 11 de septiembre que confirman la vigencia actual de esas afirmaciones.

Es normal que los vencedores tiren la historia a la basura y que las víctimas la tomen en serio. Tal vez puedan ser útiles algunas observaciones breves sobre este tema importante. No es la primera vez que Egipto y los Estados Unidos enfrentan problemas similares y se mueven en direcciones opuestas. Ya ocurrió lo mismo a principios del siglo XIX.

Según algunos historiadores de la economía, Egipto estaba bien situado para emprender un rápido crecimiento económico al mismo tiempo que los Estados Unidos. Ambos tenían una agricultura rica, incluido el algodón, que fue el combustible de la Primera Revolución Industrial, aunque, a diferencia de Egipto, los Estados Unidos tuvieron que desarrollar la producción de algodón y una fuerza de trabajo mediante conquistas, exterminio y esclavitud con consecuencias que todavía

hoy son evidentes en las reservas que se delimitaron para los sobrevivientes y en las cárceles que se expandieron rápidamente desde los tiempos de Reagan para albergar a la población superflua que arrojó la desindustrialización.

Una diferencia fundamental fue que los Estados Unidos se habían independizado y, por lo tanto, tenían la libertad para ignorar los preceptos de la teoría económica, que en ese entonces dictaba Adam Smith, en términos bastante parecidos a los que hoy se predicán para las sociedades en desarrollo. Smith instó a las colonias liberadas a producir materias primas para exportación y a importar manufacturas británicas superiores y a no tratar por ningún medio de monopolizar bienes cruciales, sobre todo el algodón. Cualquier otro camino, advirtió Smith, “lejos de acelerar, retrasaría el incremento del valor de la producción anual y, lejos de promover, obstruiría el progreso del país hacia la verdadera riqueza y grandeza”.

Después de lograr la independencia, las colonias fueron libres para ignorar ese consejo y seguir el camino de Inglaterra hacia el desarrollo guiado por un estado independiente, imponer aranceles elevados para proteger la industria de las exportaciones británicas, primero la industria textil, después la industria del acero y otras, y adoptar muchos otros instrumentos con el fin de acelerar el desarrollo industrial. La república independiente también procuró obtener un monopolio del algodón para “poner a todas las demás naciones a nuestros pies”, en especial al enemigo británico, como declararon los presidentes jacksonianos

cuando conquistaron Texas y la mitad de México.

En Egipto, el dominio británico bloqueó un camino similar. Lord Palmerston declaró que “ninguna idea de equidad [hacia Egipto] debería obstaculizar el camino a los intereses tan grandes y supremos” de Gran Bretaña, por ejemplo la preservación de la hegemonía económica y política. Durante esas declaraciones, expresó su “odio” hacia el “bárbaro ignorante” Muhammed Ali (que se atrevió a proponer un camino propio) y desplegó la flota y el poder financiero británicos para poner fin a la búsqueda de independencia y crecimiento económico de Egipto.

Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos desplazaron a Gran Bretaña como potencia hegemónica global, Washington adoptó la misma postura y dejó en claro que los Estados Unidos no proporcionarían ayuda a Egipto a menos que éste acatará las normas comunes para los débiles. Los Estados Unidos siguieron violando esas normas al imponer aranceles altos para bloquear el algodón egipcio y causar una escasez de dólares que debilitaría el país. La manera habitual de interpretar los principios del mercado.

No es de extrañar que la “campana de odio” contra los Estados Unidos que preocupó a Eisenhower se basara en el reconocimiento de que los Estados Unidos apoyan a dictadores y bloquean la democracia y el desarrollo, tal como hacen sus aliados.

En defensa de Adam Smith, habría que agregar que él reconoció lo que ocurriría si

Gran Bretaña seguía las reglas de la economía sensata, ahora llamada “neoliberalismo”. El economista advirtió que los fabricantes, los comerciantes y los inversionistas británicos podían beneficiarse si se abrían al mundo, pero que Inglaterra sufriría. Sin embargo, pensó que se moverían bajo la guía de una mirada de preferencia por lo nacional, como si una mano invisible fuera a evitar que Inglaterra sufriera los estragos de la racionalidad económica.

Es difícil ignorar ese pasaje. Es la única vez que aparece la frase célebre sobre la “mano invisible” en *La riqueza de las naciones*. El otro fundador destacado de la economía clásica, David Ricardo, sacó conclusiones parecidas y deseó que la preferencia por lo nacional llevara a los propietarios acaudalados a “estar satisfechos con la baja tasa de beneficios en su propio país, en lugar de buscar un uso más ventajoso para sus riquezas en naciones extranjeras”, sentimiento que, agregó, “lamentaría ver debilitado”. Dejando de lado sus predicciones, los instintos de los economistas clásicos eran sólidos y sensatos.

Las “amenazas” iraní y china

A veces el levantamiento en favor de la democracia en el mundo árabe se compara con el que se registró en Europa Oriental en 1989, aunque sobre bases discutibles. En 1989, los rusos toleraron el levantamiento en favor de la democracia y las potencias occidentales lo apoyaron conforme a la doctrina estándar: el levantamiento se

ajustaba perfectamente a los objetivos económicos y estratégicos y, por lo tanto, era un logro noble, muy honrado, a diferencia de las luchas que tenían lugar al mismo tiempo en Centroamérica “para defender los derechos humanos fundamentales del pueblo”, en palabras del Arzobispo de El Salvador, uno de los cientos de miles de víctimas de las fuerzas militares, armadas y entrenadas por Washington. Durante esos años terribles, no hubo ningún Gorbachov en Occidente y tampoco lo hay ahora. Y por buenas razones las potencias occidentales siguen siendo hostiles a la democracia en el mundo árabe.

Las doctrinas de la Gran Área siguen aplicándose a las crisis y enfrentamientos contemporáneos. En los círculos en que se diseñan políticas y en el comentario político occidental, se considera que la amenaza iraní representa el mayor peligro para el orden mundial y, por lo tanto, debe ser el foco principal de la política exterior estadounidense, y Europa debe acompañarlos cortésmente.

¿Cuál es exactamente la amenaza iraní? El Pentágono y los servicios de inteligencia estadounidenses brindan una respuesta fidedigna. El año pasado, cuando informaron sobre seguridad global, aclararon que la amenaza no es militar. El gasto militar de Irán es “relativamente bajo en comparación con el del resto de la región”, concluyeron. La doctrina militar iraní es estrictamente “defensiva, diseñada para frenar una invasión y forzar una solución diplomática de hostilidades”. Irán tiene solo “una capacidad limitada de proyectar fuerzas más allá de sus fronteras”. Con respecto a la opción nuclear:

“el programa nuclear de Irán y su disposición a mantener abierta la posibilidad de desarrollar armas nucleares es una parte central de su estrategia de disuasión”. Todas citas.

Sin duda, el brutal régimen clerical es una amenaza para su propio pueblo aunque difícilmente supere a los aliados de los Estados Unidos en ese aspecto. Pero la amenaza radica en otra parte y es ominosa por cierto. Un elemento de esa amenaza es la capacidad potencial de disuasión de Irán, un ejercicio ilegítimo de soberanía que podría interferir con la libertad de acción de los Estados Unidos en la región. Saltan a la vista las razones por las que Irán buscaría una capacidad disuasiva; para explicar el motivo basta una mirada a las bases militares y a las fuerzas nucleares de la región para explicar el motivo.

Hace siete años, el historiador militar israelí Martin van Creveld escribió: “El mundo presencié cómo los Estados Unidos atacaron a Irak sin motivo alguno, como se comprobó después. Si los iraníes no hubieran intentado producir armas nucleares, estarían locos”, en especial cuando están bajo la amenaza constante de un ataque que violaría la Carta de la ONU. Queda por ver si lo están haciendo o no, pero tal vez así sea.

Pero la amenaza de Irán va más allá de la disuasión. Según destacan el Pentágono y los servicios de inteligencia estadounidenses, Irán también busca expandir su influencia a países vecinos y, de esa manera, “desestabilizar” la región (en los términos técnicos del discurso de política exterior). La invasión y ocupación

militar estadounidenses de los vecinos de Irán es “estabilización”. Los esfuerzos de Irán para extender su influencia a sus vecinos es “desestabilización”, por lo tanto son intentos claramente ilegítimos.

Semejantes usos lingüísticos son rutinarios. Por lo tanto, el destacado analista de política exterior James Chace usó correctamente el término “estabilidad” desde un punto de vista técnico cuando explicó que, a fin de lograr “estabilidad” en Chile, era necesario “desestabilizar” al país (derrocando al gobierno electo de Salvador Allende e instalando la dictadura del general Augusto Pinochet). Es igualmente interesante explorar otras preocupaciones sobre Irán, pero tal vez esto baste para ilustrar los principios rectores y el estatus de que gozan dichos principios en la cultura imperial. Como subrayaron los planificadores de Franklin Delano Roosevelt en los inicios del sistema mundial contemporáneo, los Estados Unidos no pueden tolerar “ningún ejercicio de soberanía” que interfiera con sus designios globales.

Tanto los Estados Unidos como Europa están unidos en su intención de castigar a Irán por la amenaza contra la estabilidad, pero es útil recordar lo aislados que están. Los países no alineados apoyan enérgicamente el derecho de Irán a enriquecer uranio. Dentro de la región, existe incluso una fuerte opinión pública árabe que favorece la creación de armas nucleares en Irán. Turquía, la principal potencia regional, votó contra la última moción de sanciones iniciada por los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, y también Brasil, el país más admirado en el

Sur. Esa desobediencia causó una fuerte censura y no es la primera vez que eso sucede: en 2003, se condenó con vehemencia a Turquía cuando su gobierno decidió acatar la voluntad del 95% de la población y se negó a participar en la invasión a Irak, lo cual demostró su débil comprensión de la democracia al estilo occidental.

Después de ese error en el Consejo de Seguridad el año pasado, Philip Gordon, máximo diplomático de Obama en asuntos europeos, advirtió a Turquía que debe “demostrar su compromiso de cooperación con Occidente”. Un erudito del Consejo de Relaciones Exteriores preguntó: “¿Cómo mantenemos a los turcos en su lugar?”: es decir, cómo hacemos que cumplan las órdenes como buenos demócratas. Un titular del *New York Times* reprendió a Lula, de Brasil, por su esfuerzo conjunto con Turquía para solucionar el problema del enriquecimiento de uranio fuera del marco de poder de los Estados Unidos, señalando que era una “mancha en el legado del líder brasileño”. En pocas palabras, haz lo que te decimos o ya verás.

Un dato adicional interesante, suprimido con eficacia, es que la negociación entre Irán, Turquía y Brasil gozó de la aprobación previa de Obama, probablemente con la idea de que fracasaría y se convertiría en un arma ideológica contra Irán. Cuando la negociación tuvo éxito, la aprobación se convirtió en censura, y Washington impuso en el Consejo de Seguridad una resolución tan débil que China la aprobó sin problemas y ahora se castiga a China por cumplir la resolución al pie de la letra pero no las directivas unilaterales de Washington, por

ejemplo, en la nueva publicación de *Foreign Affairs*.

Los Estados Unidos pueden tolerar la desobediencia turca, pero con consternación, China es más difícil de ignorar. La prensa advierte que ahora “los inversionistas y comerciantes chinos están llenando un vacío en Irán a medida que se retiran las empresas de muchos otros países, especialmente europeos”, y en particular, China está expandiendo su papel dominante en las industrias energéticas iraníes. La reacción de Washington está reaccionando con una pizca de desesperación. El Departamento de Estado de los Estados Unidos advirtió a China que, si quiere que la acepten en la comunidad internacional —término técnico para referirse a los Estados Unidos y a quien quiera que esté de acuerdo con ellos—, no debe “mantenerse al margen y evadir responsabilidades internacionales que son obvias”: es decir, debe seguir las órdenes estadounidenses. Es poco probable que China se deje impresionar.

También hay mucha preocupación por la creciente amenaza militar china. Un estudio reciente del Pentágono advirtió que el presupuesto militar chinase acerca a “un quinto de lo que gastó el Pentágono para operar y llevar a cabo las guerras en Irak y Afganistán”, una fracción del presupuesto militar estadounidense, por supuesto. La expansión de las fuerzas militares chinas podría “negar a los barcos de guerra estadounidenses la operación en aguas internacionales frente a su costa”, agregó el *New York Times*.

Es decir, frente a la costa de China; falta solamente que propongan que los Estados Unidos eliminen las fuerzas militares que impiden el acceso de los barcos de guerra chinos al Caribe. La falta de entendimiento que tiene China sobre las reglas de cortesía internacional se muestra, más todavía, en sus objeciones al plan para que el moderno portaviones nuclear George Washington se sume a los ejercicios navales que se realizan a pocos kilómetros de la costa de China, portaviones que supuestamente tiene la capacidad para bombardear Pekín.

En cambio, Occidente comprende que los Estados Unidos emprenden todas esas operaciones para defender la estabilidad y su propia seguridad. La revista liberal *New Republic* expresa su preocupación ante el hecho de que “China trasladó diez barcos de guerra por aguas internacionales y los posicionó frente a la isla japonesa de Okinawa”. Evidentemente eso es una provocación, a diferencia del hecho, no mencionado: Washington convirtió esa isla en una importante base militar a pesar de las protestas vehementes de los habitantes de la isla. Esa no es una provocación, conforme al principio normal de que los Estados Unidos somos dueños del mundo.

Dejando de lado la doctrina imperial profundamente arraigada, hay buenas razones para que los vecinos de China estén preocupados por su creciente poder militar y comercial. Y, aunque la opinión árabe apoya un programa iraní de armas nucleares, nosotros, ciertamente, no deberíamos hacerlo. La bibliografía sobre política exterior está repleta de propuestas sobre cómo contrarrestar esa amenaza. Pocas veces se menciona una manera obvia:

trabajar para establecer una zona libre de armas nucleares (ZLAN) en la región. El tema se presentó (una vez más) durante la conferencia del Tratado de No Proliferación (TNP) realizada en la sede de las Naciones Unidas en mayo pasado. Egipto, como presidente de las 118 naciones del movimiento de países no alineados, pidió que se negociara una ZLAN en Medio Oriente, como acordó Occidente, incluidos los Estados Unidos, en la conferencia de revisión del TNP en 1995.

El apoyo internacional es tan abrumador que Obama estuvo formalmente de acuerdo. Es una buena idea, informó Washington en la conferencia, pero no ahora. Además, los Estados Unidos dejaron en claro que hay que exceptuar a Israel: ninguna propuesta puede pretender que el programa nuclear de Israel quede bajo los auspicios del Organismo Internacional de Energía Atómica ni que se revele información sobre “las instalaciones y actividades nucleares de Israel”. Que no se hable más de ese método de encarar la amenaza nuclear iraní.

La privatización del planeta

Aunque la doctrina de la Gran Área sigue vigente, ha disminuido la capacidad para implementarla. Los Estados Unidos alcanzaron el nivel de poder más alto después de la Segunda Guerra Mundial, cuando poseían literalmente la mitad de la riqueza del mundo. Pero eso declinó de manera natural cuando otras economías se recuperaron de la devastación de la guerra y la descolonización emprendió su tortuoso camino. A principios de la década de 1970,

la participación de los Estados Unidos en la riqueza global se había reducido a cerca de un 25%, y el mundo industrial se había vuelto tripolar: Norteamérica, Europa y Asia del Este (entonces, centrada en Japón).

En la década de 1970 también hubo un abrupto cambio en la economía estadounidense que viró hacia la financiación y exportación de productos. Varios factores se unieron y crearon un círculo vicioso de concentración radical de la riqueza, primordialmente en el 1% mejor posicionado de la población: básicamente directores ejecutivos y gerentes de fondos de protección, entre otros con posiciones similares. Eso lleva a la concentración del poder político, y de ahí se pasa a políticas estatales para aumentar la concentración económica: políticas fiscales, reglas de gobierno corporativo, desregulación y muchas más. Mientras tanto, se dispararon los costos de las campañas electorales, y así los partidos políticos quedaron en los bolsillos del capital concentrado, cada vez más financiero: los republicanos, con toda intención; los demócratas, (que ahora son lo que antes solíamos llamar republicanos moderados) un poco después.

Las elecciones se han convertido en una farsa manejada por la industria de las relaciones públicas. Después de su victoria en 2008, Obama ganó un premio de la industria a la mejor campaña de marketing del año. Los ejecutivos estaban eufóricos. En la prensa empresarial, explicaron que, desde Ronald Reagan, publicitaban candidatos como si se tratara de una mercancía más, pero que la campaña de 2008 fue el mayor logro y que cambiaría el estilo en los consejos corporativos. Se

espera que la elección de 2012 cueste dos mil millones de dólares, principalmente en fondos de las corporaciones. No sorprende que Obama esté eligiendo a líderes empresariales para ocupar cargos altos. El pueblo está enojado y frustrado, pero mientras prevalezca el principio Muasher, eso no importa.

La riqueza y el poder se concentraron fuertemente, pero los ingresos reales de la mayor parte de la población se estancaron y muchos se las arreglan con más horas de trabajo, deudas e inflación de los activos, y terminan destruidos regularmente por las crisis financieras que comenzaron a producirse cuando se empezó a dismantelar el aparato regulador en la década de 1980.

Nada de eso representa un problema para los muy ricos, que se benefician con una póliza de seguro del gobierno llamada "demasiado grande para caer". Los bancos y las empresas de inversión pueden hacer transacciones arriesgadas, con grandes beneficios, e inevitablemente cuando el sistema se desploma, pueden acudir al Estado paternalista para pedir que los ayude con dinero de los contribuyentes, aferrados a sus copias de Friedrich Hayek y Milton Friedman.

Ese ha sido el proceso común desde los años de Reagan y cada crisis más extrema que la anterior... para la población en general, por supuesto. Ahora, para la mayor parte de la población, el desempleo real está al mismo nivel que en la Depresión, mientras Goldman Sachs, uno de los principales arquitectos de la crisis actual, es más rico que nunca. Acaba de anunciar por

lo bajo que entregó 17,5 mil millones de dólares en compensaciones correspondientes al año pasado, el director ejecutivo Lloyd Blankfein recibió 12,6 millones como bonificación, además de que su salario básico se triplicó.

No tendría sentido centrar la atención en hechos semejantes. Por lo tanto, la propaganda tiene que tratar de culpar a otros: en los últimos meses a trabajadores del sector público, sus inmensos salarios, pensiones exorbitantes, etc.; todo fantasía, en el modelo de imagería reaganita de madres negras llevadas en sus limusinas a cobrar los cheques de la asistencia social, y otros modelos que sobra mencionar. Todos tenemos que apretarnos el cinturón; bueno, casi todos.

Los docentes constituyen un blanco particularmente bueno como parte del esfuerzo deliberado para destruir el sistema educativo desde el jardín de infantes hasta las universidades mediante la privatización; una vez más, bueno para los ricos, pero un desastre para el pueblo, así como para la salud a largo plazo de la economía, pero ese es uno de los temas que se dejan de lado siempre que prevalezcan los principios del mercado.

Otro buen blanco son los inmigrantes. Eso es así en toda la historia de los Estados Unidos, aún más en tiempos de crisis económica, exacerbada ahora por una sensación de que nos están quitando nuestro país: la población blanca se convertirá pronto en una minoría. Se puede comprender la furia de los individuos agraviados, pero la crueldad de la política es estremecedora.

¿A qué inmigrantes se apunta? En el este de Massachusetts, donde vivo, muchos son mayas que huyeron del genocidio perpetrado por los asesinos favoritos de Reagan en las tierras altas guatemaltecas. Otros son mexicanos, víctimas del ALCA propiciado por Clinton, uno de esos raros acuerdos gubernamentales que se las ingenia para hacer daño a los habitantes de los tres países que forman parte del acuerdo. Mientras el congreso aprobaba el ALCA en 1994, pese a las objeciones del pueblo, Clinton también inició la militarización de la frontera entre los Estados Unidos y México, que antes era bastante abierta. Se sabía que los campesinos mexicanos no competirían con la agroindustria estadounidense altamente subvencionada y que las empresas mexicanas no sobrevivirían a la competencia con las multinacionales estadounidenses, que deben recibir “tratamiento nacional” bajo los mal llamados acuerdos de libre comercio, privilegio otorgado solo a personas corporativas, no a las de carne y hueso. No sorprende que esas medidas provocaran una avalancha de refugiados desesperados y aumentarán la histeria contra los inmigrantes por parte de las víctimas de las políticas estatales-corporativas en el país.

Parece que lo mismo pasa en Europa, donde es probable que el racismo sea aún más desenfrenado que en los Estados Unidos. Uno no puede menos que mirar, asombrado, como se queja Italia del flujo de refugiados provenientes de Libia, ubicada en el ahora liberado Oriente, y escenario del primer genocidio posterior a la Primera Guerra Mundial a manos del gobierno

fascista de Italia. O cuando Francia, que sigue siendo la principal protectora de las brutales dictaduras en sus antiguas colonias, se las ingenia para pasar por alto sus terribles atrocidades en África, mientras el presidente francés Nicolas Sarkozy alerta, sombrío, sobre la “ola de inmigrantes” y Marie Le Pen dice que él no hace nada para impedirlo. No necesito mencionar a Bélgica, que podría ganar el premio a lo que Adam Smith llamó “la salvaje injusticia de los europeos”.

El ascenso de partidos neofascistas en gran parte de Europa sería un fenómeno aterrador aunque no recordáramos lo que sucedió en el continente en el pasado reciente. Imagínese cuál sería la reacción si se expulsara a los judíos de Francia, hacia la miseria y la opresión, y después observe la falta de reacción cuando eso mismo le sucede a los gitanos, también víctimas del Holocausto y la población más brutalizada de Europa.

En Hungría, el partido neofascista Jobbik obtuvo un 17% de los votos en las elecciones nacionales, lo cual tal vez no sea sorprendente dado que tres cuartos de la población piensan que les va peor que bajo el régimen comunista. Podríamos sentirnos aliviados por el hecho que en Austria el ultraderechista Jörg Haider haya obtenido solo un 10% de los votos en 2008, si no fuera por el hecho que el nuevo Partido de la Libertad, que está todavía más a la derecha, obtuvo más de un 17%. Es escalofriante recordar que, en 1928, en Alemania los nazis obtuvieron menos de un 3% de los votos.

En Inglaterra el Partido Nacional Británico y la Liga de Defensa Inglesa, en la derecha ultrarracista, son fuerzas importantes. (Lo que pasa en Holanda lo sabemos demasiado bien). En Alemania, el libro de Thilo Sarrazin en que se lamenta de que los inmigrantes están destruyendo el país fue un enorme éxito de ventas, mientras la canciller Angela Merkel, pese a condenar el libro, declaró que el multiculturalismo había “fracasado completamente”: parece que los turcos, importados para hacer el trabajo sucio en Alemania, no consiguieron convertirse en verdaderos arios rubios de ojos azules.

Los que tengan sentido de la ironía recordarán que Benjamin Franklin, una de las figuras principales de la Ilustración, advirtió que las colonias recién liberadas deberían tener cuidado a la hora de permitir la inmigración de alemanes, porque eran demasiado morenos; los suecos, también. Ya en el siglo XX, los mitos ridículos de la pureza anglosajona eran comunes en los Estados Unidos, incluso entre presidentes y otras personalidades destacadas. El racismo en la cultura literaria es una obscenidad desagradable; todavía peor en la práctica, sobra decirlo. Es mucho más fácil erradicar la poliomielitis que esa plaga horrenda, que habitualmente se vuelve más virulenta en tiempos de penuria económica.

No quiero terminar sin mencionar otra cosa que se desestima en los sistemas de mercado: el destino de las especies. El contribuyente puede remediar el riesgo sistémico en el sistema financiero, pero nadie acudirá al rescate si se destruye el medioambiente. Que hay que destruirlo es

casi un imperativo institucional. Los líderes empresariales que hacen campañas de propaganda para convencer a la población de que el calentamiento global antropogénico es una mentira de los liberales entienden perfectamente la gravedad del tema, pero tienen que maximizar la penetración de sus empresas en el mercado y los beneficios a corto plazo. Si no lo hacen, lo hará otra empresa.
